

A partir de este número, nuestra revista difundirá lo más posible la novela de la Revolución Mexicana por ser 2010 su primer centenario. Es nuestra contribución posible: mostrar algunos de los grandes narradores que descubrieron en un movimiento de gran envergadura un filón literario, artístico. Comenzamos por el principio. Con el texto que analiza y estudia el fenómeno literario, el de Antonio Castro Leal que lo popularizó, publicado íntegramente en los dos tomos de la editorial Aguilar. En ellos, Castro leal no sólo señala sus cualidades y aportaciones, también ordena a los autores y les da una clara dimensión. Están los que participaron en la lucha armada como Azuela, Vasconcelos y Martín Luis Guzmán aunque no siempre haya sido con las armas, y aquellos que eran muy pequeños cuando ocurrió la gesta, los que escucharon hablar de ella o la vieron a distancia, como Agustín Yáñez y José Revueltas. En el momento en que Francisco Monterde afirma que en *Los de abajo* de Azuela hay una poderosa corriente literaria, los mexicanos nos percatamos que efectivamente ya tenemos una literatura propia, sin severas influencias del exterior. Esta corriente ha logrado sobrevivir a las dos etapas señaladas por Castro Leal y podemos encontrar una tercera, en los narradores que nacieron después de 1950 y que vieron en los personajes celebrados como Madero, Villa, Zapata, Carranza y Obregón, héroes o villanos sobre los cuales escribir. Pareciera que la literatura sigue puesta al servicio de aquel gran movimiento épico que conmocionó no solamente a México, sino a muchos otros países y que sigue dando tema para polemizar o escribir literatura.

El Búho

La novela de la Revolución Mexicana

1. La nueva realidad mexicana y su novela

Por novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución, que principia con la rebelión maderista el 20 de noviembre de 1910, y cuya etapa militar puede considerarse que termina con la caída y muerte de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920.

Respecto a la primera fecha no hay ninguna duda: ese día se inicia una rebelión que es el principio de la Revolución Mexicana. Por lo que toca a la segunda habría que hacer algunas consideraciones. En 1920 termina la rivalidad de las dos poderosas facciones dominantes y aun la posibilidad de nuevos encuentros y choques militares, pero –al igual que después de una gran tormenta– queda una marejada que prolonga hábitos de indisciplina y violencia que impiden el inmediato y fácil desarrollo de la vida política, que dificulta las técnicas de un gobierno democrático y que agudiza problemas de acomodación social y de reorganización económica. Se puede decir que en mayo de 1920 terminan las luchas revolucionarias, pero no el estado de inquietud y desequilibrio, de anarquía y caudillismo creado por la Revolución, cuyos efectos se harían sentir todavía por algunos años.

Los cambios tan radicales que diez años de revolución introducen en la vida mexicana crean una realidad nueva e insospechada que impresiona profundamente a todos y que se impone

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ANTONIO CASTRO LEAL

como tema de composición a los que tenían instintos literarios. Pero para que esa realidad se impusiera fue necesario pasar, de las primeras luchas en que triunfó Madero rápidamente, a un intenso grado de violencia, es decir, a las luchas feroces contra el usurpador Victoriano Huerta. Y entonces se completa el cuadro de la Revolución en toda su complejidad, al mismo tiempo pintoresca, conmovedora y trágica: choques sangrientos de facciones enemigas, regocijos de la vida de campaña, formación de ejércitos improvisados, ataques a las ciudades y atropellos a las poblaciones pacíficas, intervención extranjera y complicaciones internacionales, asaltos y saqueos, héroes que se sacrifican y vividores que medran, angustias de la población civil y holocausto de juventudes militares, cambios psicológicos y cambios sociales, hombres generosos que querían salvar a los pobres y que –al enriquecerse– olvidan sus convicciones: todo un pueblo que se levanta desde la servidumbre hasta el libertinaje, desde la ilegalidad hasta la Constitución de 1917, reivindicaciones que se extreman en venganzas, masas que forjan en la lucha los principios que las guían, movimiento unánime y violento que –dueño ya de la situación– retarda el triunfo y la organización final mientras se despedazan los caudillos rivales impulsados por ambición de poder.

Y todos esos episodios, hazañas y excesos han sido vividos con la energía y la sinceridad de que es capaz un pueblo –como el mexicano– valiente y decidido, que no tiene miedo a la muerte ni una gran tradición de estabilidad política. La actuación dentro de esa realidad, o la simple visión de ella, muy fácilmente se transformó en literatura, en narraciones apasionadas y verídicas, palpitantes y autobiográficas. El espíritu, el tema y el estilo de los autores varían, como es natural, de acuerdo con su edad y temperamento, con su grado de participación en la lucha y con las circunstancias en que les tocó ser testigos de esos sucesos.

Las obras narrativas que ha inspirado la Revolución Mexicana forman una importante serie que, por la presentación viva de una realidad intensa y, en ocasiones, por la novedad de su técnica, es una de las más valiosas manifestaciones de la literatura moderna de lengua española. Antes de fijar los caracteres predominantes de este género consideramos necesario dar al lector una idea

de lo que fue la Revolución Mexicana, a fin de que entienda y aprecie mejor las obras narrativas que contiene esta colección.

2. Esquema de la Revolución Mexicana

Después de la muerte de Benito Juárez, en 1872, ocupa la presidencia Sebastián Lerdo de Tejada (Presidente de la Suprema Corte), posteriormente electo para el período 1873-1876, al fin del cual es reelecto. Contra esta reelección se pronuncia el general Porfirio Díaz. Triunfa y ocupa la presidencia. Salvo el período del general Manuel González (1880-1884), gobierna desde entonces hasta que lo derroca la Revolución, en 1911. Su gobierno suma treinta años y siete reelecciones: 1877-1880, 1884-1888 (en 1887 se reforma la Constitución para permitir la reelección), 1888-1892, 1892-1896, 1896-1900, 1900-1904 (en 1904 se aumenta el período a seis años), 1904-1910. En octubre de 1910 se le declara reelecto para 1910-1916, pero la rebelión de Francisco I. Madero estalla el 20 de noviembre de 1910.

Contra esa continua reelección se levantaron, desde principios del siglo, protestas en clubes políticos y periódicos. Madero publicó en 1908 un libro contra la reelección y en 1910 pronunció en diversos lugares de la República, discursos contra Porfirio Díaz. El 4 de octubre éste es declarado presidente para el período 1910-1916. Madero lanza el Plan de San Luis (fechado el 5 de octubre) declarando nulas las elecciones y ley suprema la *No reelección* haciendo un llamamiento a las armas y fijando el 20 de noviembre para un levantamiento general. En esta fecha estalla la revolución en Puebla y Chihuahua. Seis meses después, el 21 de mayo de 1911, triunfa y se firma el Convenio de Ciudad Juárez. Díaz renuncia y sale a Europa. Madero entra en México el 7 de junio, es electo presidente en octubre y toma posesión el 6 de noviembre. En menos de un año la rebelión maderista había derribado al viejo tirano y el pueblo había llevado a su héroe a la primera magistratura.

El problema político de la continuidad en el poder era el más visible, pero había otros, sociales y económicos, igualmente graves. Durante su largo gobierno Porfirio Díaz –después de pacificar la República y de fomentar el desarrollo material– se había dedicado a fortalecer a los grandes terratenientes, al clero y, finalmente, a los industriales. Había sido un gobierno oligárquico, hábil concentración de poder y coalición de pequeños grupos privilegiados, amurallado contra todo anhelo popular y democrático, contra todo cambio en la estructura económico-social que México había heredado del régimen virreinal español y que habían tratado de destruir, desde 1810 hasta 1872, los héroes de mayor visión de la historia mexicana: Hidalgo; Morelos, Gómez Farías y Benito Juárez.

El triunfo rápido de Madero impidió ahondar en los problemas de México, Había cambiado el presidente, pero subsistían y actuaban los poderes legislativo y judicial porfiristas, el ejército porfirista, así como la inmensa red de intereses creados por la oligarquía, que dominaban ferrocarriles, bancos, grandes industrias, empresas comerciales y bufetes de influencia. Madero se enfrentó con la tarea imposible de destruir la viciada tradición gubernamental

porfirista con los mismos elementos que la componían y que sacaban provecho de ella. Aunque hubiera llevado a su gabinete ministros más radicales de los que escogió, la situación no se hubiera modificado radicalmente.

Madero no realizó los cambios que se esperaban de una revolución. Los revolucionarios exigían el cumplimiento de las demandas de la Revolución en cuanto a personal administrativo y a reformas sociales. Acabaron por levantarse contra él: Emiliano Zapata, en el Sur, que el 28 de noviembre de 1911 expidió el Plan de Ayala, y Pascual Orozco, en el Norte, que lanzó el 25 de marzo de 1912 el Plan de Chihuahua. El objetivo de Zapata era agrario; representaba el anhelo de los desposeídos de la tierra a lo largo de toda la historia mexicana. Remontado en las montañas surianas nunca pudo ser derrotado. Orozco reunió bastantes fuerzas, con las que amenazó llegar hasta la capital; triunfó contra el general José Gómez Salas (que se suicidó el 25 marzo de 1911), pero al fin fue vencido por el general Victoriano Huerta en diversos encuentros. Conejos (12 mayo), Rellano (22 y 23 de mayo) y, finalmente, Bachimba (3 de julio de 1911).

Los reaccionarios se levantaron también contra Madero, declarando que era impotente para restablecer el orden y la paz. El general Bernardo Reyes se lanzó, con pocos elementos y la esperanza de que sería secundado por los partidarios que en otro tiempo tuvo, pero fracasó y se entregó en Linares (Nuevo León) el 25 de diciembre de 1911 y fue llevado a la capital y confinado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco. Félix Díaz, sobrino del dictador, se sublevó en Veracruz el 16 de octubre de 1912 y al cabo de una semana cayó en poder del general Beltrán. Pasó unos días en la prisión de San Juan de Ulúa y después fue trasladado a Santiago Tlatelolco.

A los quince meses de gobierno, los diversos movimientos armados en su contra y la oposición constante en las esferas reaccionarias crearon un clima propicio para un levantamiento contra Madero en la misma ciudad de México: El domingo 9 de febrero de 1913, en la madrugada, las fuerzas de artillería de Tacubaya y los jóvenes militares de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan llegaron a la ciudad y abrieron las puertas de la prisión de Santiago Tlatelolco a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, quienes acompañados del general Manuel Mondragón, se dirigieron al Palacio Nacional suponiendo que ya estaría en poder de fuerzas rebeldes. Pero el general Lauro Villar, que había logrado mantener el Palacio en su poder, recibe con una descarga a los insurrectos, que avanzaban confiados por la Plaza de la Constitución. Cae muerto el general Bernardo Reyes; sus aliados Félix Díaz y Manuel Mondragón se refugian en la Ciudadela.

Principia entonces la Decena Trágica: diez días de combates en la ciudad de México, entre las fuerzas del gobierno, que tenían como centro de operaciones el Palacio Nacional, y las fuerzas reaccionarias, que se hablan hecho fuertes en la Ciudadela. El Presidente Madero atendió valerosamente a sofocar la rebelión. Nada más natural que diera el mando de las tropas del gobierno al general Victoriano Huerta, que había vencido al rebelde Pascual Orozco

en la brillante batalla de Bachimba. Pero Huerta, al fin de una semana, traiciona al gobierno y el día 21 de febrero toma prisioneros al Presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez, quienes, al día siguiente, bajo pretexto de que querían huir al ser conducidos a la Penitenciaría, son asesinados, aplicándoseles la llamada “ley fuga”.

Había caído Madero y había triunfado la reacción. El general Huerta se adueña de la presidencia para restablecer la vieja política bajo una dictadura de tipo porfirista. Los asesinatos de Madero y Pino Suárez indignaron y conmovieron al país. El 5 de marzo de 1913 Ignacio L. Pesqueira, gobernador del Estado de Sonora, desconoce a Huerta y nombra al coronel Álvaro Obregón. —que ya había peleado contra el rebelde Pascual Orozco— jefe de la Sección de Guerra. Por su parte, Venustiano Carranza, antiguo gobernador del Estado de Coahuila, lanza el 26 de marzo su Plan de Guadalupe desconociendo a Huerta, llamando al país a las armas y asumiendo el cargo de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Todos aquellos cuyas ansias de lucha había despertado el levantamiento maderista de noviembre de 1910 y que no habían tenido oportunidad de satisfacerlas porque Madero triunfó demasiado pronto, se levantaron en todas partes. Los diversos grupos revolucionarios se improvisaron rápidamente, compuestos por sufridos indios del campo, desamparados obreros de las ciudades, empleados, estudiantes, maestros de escuela, funcionarios, periodistas, escritores, médicos, ingenieros, abogados. El propósito, la consigna, era derrocar a Huerta, el traidor, el asesino, que representaba lo peor del antiguo porfirismo. Empieza entonces una lucha feroz entre los grupos revolucionarios que brotan por todas partes y las unidades del antiguo ejército federal al servicio de la reacción —que Madero no había querido licenciar a su triunfo—. Al fin Victoriano Huerta renuncia el 15 de julio de 1914 y sale del país.

Mencionemos de paso la actuación de E. U. A. en este episodio. Henry Lane Wilson, embajador de E. U. A. en México, admiraba a Porfirio Díaz, a quien conoció en todo el esplendor de las fiestas del Centenario de la Independencia. No tenía fe en la capacidad de Madero ni en los anhelos del pueblo mexicano, de modo que durante la Decena Trágica hizo todo lo posible para que triunfara la causa de la reacción. Pero una semana después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez sube a la presidencia de E. U. A. Woodrow Wilson, profesor de historia de la Universidad de Princeton. Le repugnaban los asesinatos y los gobiernos inconstitucionales. Se declara enemigo de Huerta y desea el triunfo de la Revolución. Sus intenciones, buenísimas, son de las que, según el dicho sajón, sirven para pavimentar el infierno. Ordena la ocupación del puerto de Veracruz por fuerzas de la marina de guerra norteamericana a fin de que Huerta no reciba un cargamento de armas que trae el vapor alemán Ipiranga, y se sorprende de que el pueblo mexicano resista la invasión y de que haya que matar a cadetes de la Escuela Naval, a militares y civiles para adueñarse del puerto. Este atropello, —tan bien intencionado— tiene un efecto negativo: las armas fueron desembarcadas en Coatzacoalcos y el régimen de Huerta duró más de lo previsto, porque durante unas semanas

representó el noble papel de defensor del territorio nacional contra un invasor extranjero.

Los grupos revolucionarios —pequeños núcleos que van creciendo conforme aumenta el territorio que dominan— han ido reconociendo tres centros principales de atracción: Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, hombre enérgico, que contó desde un principio con colaboradores cultos y capaces para planear y establecer un gobierno; Francisco Villa, guerrillero audaz y temerario, jefe de la famosa División del Norte, a la que se deben las más brillantes victorias revolucionarias y que pone una nota de arrebató y entusiasmo en la campaña contra Huerta y Emiliano Zapata, el jefe suriano de la revolución agraria, generoso e inmovible, que se concentra en una zona —el Estado de Morelos— y en un anhelo: la devolución de las tierras arrebatadas a los campesinos.

El 15 de julio de 1914 cuando renuncia Huerta la Revolución había triunfado. No faltaba más que establecer un gobierno y decretar las reformas sociales y económicas en que todos habían tenido tiempo de pensar. Pero ¿cuál de los caudillos, revolucionarios iba a ser la cabeza? ¿Zapata? ¿Villa? ¿Carranza? Este último siente la urgencia del problema. Entra en la ciudad de México el 20 de agosto como Primer Jefe y asume el Poder Ejecutivo. Un mes después convoca a una Convención de Gobernadores y generales en la ciudad de México. En respuesta Villa desconoce a Carranza y lanza desde Chihuahua un manifiesto; por otra parte, las negociaciones iniciadas para que Zapata se sometiera a Carranza fracasan y cuando el 19 de octubre de 1914 la Convención se instala en la capital, faltan precisamente los dos generales, sin cuya cooperación no puede consolidarse la paz en México: Villa y Zapata. De la Convención se aprovecha Carranza para obtener una investidura de cierto carácter democrático: al renunciar a su cargo de Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo, la Convención no admite su renuncia y lo confirma en su puesto.

Pero la idea de una Convención no era mala. Reanuda ésta poco después sus sesiones, ya no en la ciudad de México, sino en la de Aguascalientes. En la zona que domina Villa, Carranza, temeroso de una mala jugada, se niega a asistir. La Convención de Aguascalientes resuelve los problemas sin cuidarse de las posibilidades de realización práctica: nombra presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez y cesa a Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y a Villa como Jefe de la División del Norte. Esta estratagema heroica ni engaña ni logra acatamiento. Las dos Convenciones —la de México y la de Aguascalientes, que por unos meses seguirá funcionando como una máquina en el vacío— no han hecho más que poner en evidencia que la rivalidad de los tres grandes caudillos revolucionarios tendrá que resolverse por la fuerza de las armas.

A principios de noviembre de 1914 Carranza sale de la ciudad de México y desde Córdoba desconoce los actos de la Convención de Aguascalientes y declara que seguirá al frente del Poder Ejecutivo. Las fuerzas norteamericanas entregan el puerto de Veracruz el 23 de noviembre y Carranza instala ahí su gobierno.

Entretanto los zapatistas entran en la ciudad de México y ocupan las ciudades cercanas. Entonces supimos hasta qué punto, en el campesino indígena, era una segunda naturaleza la servidumbre impuesta desde hace siglos por los conquistadores y encomendados: con el rifle en la mano y cruzadas sobre el pecho las cananas, los zapatistas recogían en sus grandes sombreros las monedas que los capitalinos, tan siervos como ellos, querían regalarles para comprar tortillas.

En diciembre llega a la ciudad de México el gobierno de la Convención que encabeza Eulalio Gutiérrez y las fuerzas, villistas y zapatistas, que lo apoyan. Carranza, desde Veracruz, decreta que subsiste el Plan de Guadalupe hasta “el triunfo completo” de la Revolución. El triunfo completo es la destrucción de los caudillos rivales. Las ciudades más importantes del centro las ocupan las fuerzas de Villa y de Zapata: México, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Guadalajara. Carranza, inflexible en la labor de salvador y organizador que se ha impuesto, empieza -a imitación de Benito Juárez durante la Guerra de Reforma- a dictar leyes desde Veracruz: municipio libre, divorcio, tierras y ejidos, explotación petrolera, cuestiones obreras.

En enero de 1915 empiezan las campañas del Ejército Constitucionalista para recuperar el territorio perdido. Es la hora de la decisión para los grupos dispersos e inclasificados. ¿Se irán con Villa o se unirán a Carranza? Muy variadas circunstancias deciden su conducta. Es raro que razonen su decisión o que examinen de qué lado caen los intereses nacionales. A veces los mueve la simpatía o la amistad por los jefes de uno u otro bando; en ocasiones, viejas rencillas y odios gratuitos, o bien, ante la imposibilidad de resistir al cabecilla más cercano, se unen a él como aliados antes de exponerse a ser vencidos. Y aun se dieron casos en que el azar de un volado o de un albur decidiera si engrosaban las filas de Villa o de Carranza.

Emiliano Zapata no ambicionaba, en realidad, el gobierno de la República, que hubiera sido para él una carga excesiva. Defendía una causa precisa y no la quería abandonar hasta verla resuelta por un gobierno fuerte y responsable. Mientras tanto ahí estaba alerta para exigir por las armas el cumplimiento de las promesas agrarias. No entendía bien las complicaciones de la política y no quería exponerse a que otro presidente, como lo había hecho Madero, pospusiera o se olvidara de las reivindicaciones de los pueblos y campesinos. Villa sí tenía ambiciones de ser jefe de un gobierno: era astuto y su visión era rápida y certera, aunque primitiva; tenía, además, hábiles consejeros que, reconociendo sus virtudes de fuerza desencadenada e irresistible, consideraban factible suplir lo que le faltaba de cultura e información para poder gobernar.

La lucha se planteó, en realidad, entre Carranza y Villa. Éste, genio militar intuitivo, encontró a poco un temible rival en Álvaro Obregón, que también era un intuitivo, aunque con más capacidad de coordinación y juicio que Villa. Después de tres meses de encuentros y escaramuzas llegó forzosamente el duelo final. A principios de abril de 1915, en las dos grandes batallas de Celaya,

Obregón obtiene una victoria definitiva sobre Villa. Éste pierde desde entonces toda posibilidad de dominar la situación. A partir de ese momento será un fugitivo; seguirá peleando, pero no para vencer, sino para defenderse, hacer daño y crear dificultades.

En julio de 1915 las fuerzas constitucionalistas ocupan Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas y Querétaro; el 2 de agosto se apoderan de la ciudad de México y en septiembre de Saltillo y de Torreón. En octubre traslada Carranza su gobierno de Veracruz a México, y el día 19 Woodrow Wilson después de haber pulsado la situación de México por medio de agentes personales- reconoce a Carranza como gobierno de hecho, al mismo tiempo que los principales países hispanoamericanos. Para poner fin a la lucha, E. U. A. decreta el embargo de armas a México, con excepción de las destinadas al gobierno de hecho.

El golpe es terrible contra Villa, a quien, según parece, algunos agentes oficiosos de E. U. A. le habían hecho creer en la posibilidad de que fuera reconocido como gobierno de hecho o de que, por lo menos, los E. U. A. no se pronunciarían sino hasta que la lucha terminara en México. La situación de Villa empeora entonces de semana en semana. En octubre pierde el puerto de Guaymas, en noviembre es rechazado en Agua Prieta y en Hermosillo y derrotado en San Jacinto (Sonora). En enero de 1916, desesperado y sin posibilidades de triunfo, Villa es una bestia acorralada y rabiosa. Deja de ser un caudillo de la Revolución para convertirse en un bandido irresponsable y sanguinario. Su conducta en esta fase final crea grandes dificultades a México, de las que pudo salvarse gracias al juicio sereno del presidente Woodrow Wilson y a la situación creada por la Primera Guerra Mundial. En enero de 1916 Villa detiene un tren en la estación de Santa Isabel (Estado de Chihuahua) y fusila a dieciséis norteamericanos que iban a trabajar en una mina y que llevaban salvoconductos. El 9 de marzo, en la madrugada, entra en el pueblo de Columbus (Nuevo México, E. U. A.). En el asalto mueren catorce norteamericanos (siete militares y siete civiles) y el fuego destruye dos manzanas. La indignación en E. U. A. fue enorme. Grandes sectores clamaron por la invasión inmediata de México. En Europa las cinco principales naciones estaban empeñadas en una guerra a muerte, y E. U. A. era, en realidad, el árbitro único de la situación en el continente americano. El presidente Wilson encontró la forma de satisfacer las demandas del público norteamericano haciendo el menor daño posible a México. Envió una Expedición Punitiva, como las que, durante el siglo XIX, solían cruzar la frontera en ambas direcciones, para perseguir a los comanches, tanto del lado de México como del de E. U. A.

La Expedición Punitiva entró en territorio mexicano el 15 de marzo de 1916, estaba formada originalmente por dos brigadas y venía a las órdenes del general John J. Pershing, que después mandó a los ejércitos norteamericanos en la Primera Guerra Mundial. “El único fin que persigue la expedición -decía la orden del día- es el de cooperar a la captura de Villa y sus bandidos.” Carranza protestó desde luego porque no se había solicitado previamente la autorización de México. Al acercarse a la ciudad de Parral un destacamento de la expedición, el pueblo lo persiguió,

matando a tres soldados e hiriendo a siete. Carranza limitó a una zona geográfica los movimientos de la Expedición y, cuando ésta quiso rebasarla, tuvo un encuentro en Carrizal (Estado de Chihuahua) con fuerzas constitucionalistas en el que los norteamericanos tuvieron cincuenta muertos y veintidós prisioneros. Después de las conferencias de Atlantic City, entre México y E. U. A. (octubre-diciembre 1916). Carranza logró el retiro de la Expedición Punitiva de un modo incondicional. Sus últimos contingentes salieron del país el 5 de febrero de 1917, sin haber podido capturar a Villa.

Carranza siguió consolidándose. El 2 de marzo de 1916 sus fuerzas ocupan Cuernavaca, durante mucho tiempo en poder de los zapatistas. Para dar el carácter de principios fundamentales a muchas de las reformas decretadas y a las que habría que decretar, Carranza pensó en una nueva Constitución para la República. El 1º de diciembre se instala en Querétaro el Congreso Constituyente, que termina sus trabajos el 31 de enero de 1917. El 5 de febrero se promulga la nueva Constitución, elaborada dentro del espíritu de progreso y reformas que tuvo en su tiempo la Constitución de 1857. En ella se incorporan normas que satisfacen a la Revolución como solución de los más importantes problemas sociales, agrarios, políticos, de recursos naturales, prestaciones obreras, limitaciones a la propiedad de extranjeros, educación y cultos.

Después de las elecciones para diputados, senadores y presidente de la República del 11 de marzo, la Cámara de Diputados, declara presidente electo a Carranza para el período 1916-1920. Persisten ciertas rivalidades entre los antiguos caudillos y todavía hay grupos rebeldes armados. En septiembre de 1918 están aún fuera del control del gobierno los Estados de Chihuahua, Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Tamaulipas y Morelos. En abril de 1919 Emiliano Zapata es asesinado alevosamente por las fuerzas de Carranza, y en noviembre el general Felipe Ángeles es fusilado en Chihuahua. Todavía se encuentran levantados en armas Villa, Peláez, Félix Díaz y Almazán. Un fermento de odio y descontento contra Carranza sólo espera una oportunidad para manifestarse. La ocasión se presenta al acercarse las elecciones presidenciales para 1920-1924. Carranza apoya a un desconocido, Ignacio Bonillas, embajador de México en Washington, en contra del candidato popular, que es Obregón, vencedor de las batallas decisivas que dieron el triunfo a Carranza sobre Villa.

En junio de 1919 Álvaro Obregón aceptó desde Sonora su candidatura para presidente; en marzo de 1920 Bonillas acepta la suya. Carranza envía fuerzas federales a Sonora, foco del obregonismo. El gobernador del Estado, considerando esta medida como un ataque a su soberanía, desconoce a Carranza, expide el Plan de Agua Prieta y nombra a Plutarco Elías Calles jefe de las fuerzas del Estado. Éstas invaden Sinaloa y ocupan Culiacán. La rebelión se propaga rápidamente: se unen a ella los Estados de Guerrero, Michoacán, Zacatecas y Tabasco. El 7 de mayo Carranza y sus ministros abandonan la ciudad de México, en la que entra Obregón dos días después. En el camino a Veracruz es derrotada la comitiva de Carranza y éste asesinado en Tlaxcalantongo el 21 de mayo. Adolfo

de la Huerta es nombrado presidente provisional, y, en las elecciones del 5 de septiembre, es electo Obregón presidente para el período 1920-1924.

Los generales rebeldes van desapareciendo. Pablo González es perdonado. Félix Díaz es expulsado del país. Manuel Peláez se sometió y Villa pactó su retiro (26 de julio de 1920) recibiendo una hacienda en el Estado de Durango. Obregón comienza a implantar las reformas revolucionarias, sobre todo en dotación de ejidos a los campesinos y en la reglamentación del culto. Reorganiza las finanzas y restablece la Secretaría de Educación Pública, que había sido suprimida por Carranza. Se reanudan las relaciones diplomáticas interrumpidas y se crean comisiones mixtas de reclamaciones para que fijen los daños causados por la Revolución los extranjeros. La etapa militar de la Revolución había terminado, así como la estela de rivalidades de los caudillos revolucionarios. Aunque los principios fundamentales estaban en la Constitución de 1917, faltaban las leyes reglamentarias que los llevaran a la práctica. Esta labor tocará a la administración siguiente.

Pero todavía hay que registrar un importante movimiento armado que estuvo a punto de derrocar a Obregón. Al acercarse las elecciones presidenciales para 1924-1928 hay una cierta agitación porque Obregón apoya abiertamente al general Plutarco Elías Calles. Entonces Adolfo de la Huerta se levanta en armas contra esta imposición, como lo había hecho antes contra la imposición de Bonillas por parte de Carranza. La rebelión se extiende rápidamente, pero aunque cuenta con fuerzas y núcleos importantes, principalmente en los Estados de Veracruz, Jalisco, Hidalgo y Oaxaca, le falta rapidez y coordinación. Es al fin sofocada, y en las elecciones triunfa Calles como presidente para 1924-1928.

Toca a Calles llevar a realización los nuevos preceptos de la Constitución de 1917, principalmente los relativos a la explotación de los recursos naturales del país, la propiedad agraria, las limitaciones a la propiedad de los extranjeros y la religión (educación, votos religiosos, culto externo, bienes eclesiásticos e intervención del Estado en el culto). Las leyes reglamentando los preceptos de carácter económico crean una situación difícil con los países cuyos nacionales tienen inversiones y propiedades en México, especialmente con E. U. A. Las relativas a la religión provocaron lo que se ha llamado el "conflicto religioso" (1926-1929) que, además de crear cierto desasosiego entre los católicos pacíficos, provocó un movimiento armado, que duró tres años y se conoce con el nombre de la "Guerra cristera".

A pesar de que había costado bastante sangre implantar el principio de la *No Reelección*, anhelo democrático desde la revolución de Tuxtepec (1876), el 22 de enero de 1927 se restablece la reelección del presidente para permitirle al general Álvaro Obregón volver al poder. A esta política –contraria a una larga y justificada tradición– agrega el presidente Calles la violencia con que suprime a los candidatos que se enfrentaron a Obregón: al general Francisco R. Serrano (muerto con trece de sus partidarios en el camino de Cuernavaca a México; y al general Arnulfo R. Gómez, obligado a sublevarse y fusilado en Coatepec (Veracruz), Pero aunque Obre-

gón fue declarado presidente electo el mismo día de las elecciones (por haber sido candidato único), no llegó a la presidencia, porque, dos semanas después, fue asesinado. De este modo violento quedó consagrado definitivamente el principio de la *No Reelección* que había sido el motivo principal de la rebelión de Francisco I. Madero, con que se inició la Revolución Mexicana.

Para los siguientes desarrollos, durante los gobiernos del Lic. Emilio Portes Gil (1928-1930) hasta el de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), el lector puede ocurrir a la lista de Principales acontecimientos de la Revolución Mexicana, que encontrará unas páginas más adelante.

3. Novela de reflejos autobiográficos

Como ya vimos antes, el triunfo tan rápido de la rebelión de Francisco I. Madero no dio tiempo para que se modificara la estructura social ni casi para que cambiaran las costumbres políticas del México porfirista. Esto se revela también en la literatura de ese momento. A pesar de que Mariano Azuela publica, cinco años antes que *Los de abajo*, su novela *Andrés Pérez, maderista* (1911), y de que ésta se refiere, como su título lo indica al movimiento armado que inició Madero, a nadie se le ha ocurrido incluir esta narración en el ciclo de la novela de la Revolución Mexicana. Podría, decirse que en general cabe más bien dentro de la pintura de costumbres y de los tipos psicológicos de oportunistas que producen los cambios políticos que no modifican sustancialmente la estructura ni el alma de una sociedad.

La visión directa de una realidad nueva e impresionante -sea en los simples testigos o en los que toman parte en estructurarla- es una de las características que presiden el nacimiento de la Revolución Mexicana. Que esta visión directa arroje sobre la narración reflejos autobiográficos es del todo natural. No sólo natural, sino inevitable. Se comprenderá fácilmente, por otra parte, que esa visión y estos reflejos varíen según las circunstancias y el temperamento del testigo y según la clase de realidad que le toque en suerte contemplar.

Todas las novelas de la Revolución Mexicana de la primera época ostentan, en variables proporciones, un carácter autobiográfico. Mariano Azuela, médico castrense de las tropas campesinas de Julián Medina en la época más revuelta y caótica de las luchas militares, nos dará, por ejemplo, en *Los de abajo*, una visión objetiva, cuidadosa, fría, a veces pesimista, de la vida de campaña de los grupos rebeldes improvisados, que crecían y se organizaban más por casualidad o accidente que por un sistema premeditado de disciplina y superación. Por otra parte, su visión es la de un médico que ya ha cumplido los cuarenta años y que, tanto por su profesión como por su edad, resulta un observador excelente y un tanto desconfiado a esperar mucho de las mejores reacciones de la naturaleza humana.

En un escritor como José Vasconcelos la realidad tiende a ahogarse en el malestrom de su personalidad imperativa. Apenas llegaba a los treinta años en la época de la revolución maderista y tenía una concepción mesiánica que le hacía sentir que la realidad

era siempre dócil a los más altos designios del hombre. Por otra parte, se mueve en un mundo distinto del que conoció Azuela. Vasconcelos figuró en misiones reservadas de intentos internacionales y, después, fue del grupo de los dirigentes cuya opinión era escuchada y a veces seguida. Ministro de Educación del gobierno de la Convención de Eulalio Gutiérrez, hombre de las confianzas de Villa y secretario de Estado del presidente Obregón. Además de que estuvo en contacto con una realidad de un nivel superior de la que pintan *Los de abajo*, su impulso a interpretar el mundo según su convicción hace que sea menos objetivo y frío, aunque igualmente pesimista, que Azuela. En él la novela de la Revolución, sin dejar de ser novela, se ahoga en la autobiografía; pero esta visión a través de su vida explica muchos sucesos en sus efectos humanos, más que en su existencia independiente y desconectada del espectador. Hay ocasiones en que, a pesar de todo lo que contiene de crónica política y de documentos transcritos in extenso, dan ganas de decir que *La tormenta* es una verdadera novela de la Revolución, apasionada y caótica como ella.

Martín Luis Guzmán, cinco años menor que Vasconcelos y de un temperamento más reflexivo y observador, nos da una visión del mismo mundo de dirigentes, jefes y estados mayores de la Revolución. Estuvo muy cerca de Francisco Villa y fue uno de los revolucionarios que se desprendieron de la órbita de Carranza. En *El águila y la serpiente* apenas aparece la figura del autor dentro del cuadro de la narración, a pesar de que todo el libro es una visión personal del mundo en que ha vivido como testigo alerta. Parece que ha ido recogiendo sus impresiones con cierta técnica y gusto literarios, y que esta actitud le ha permitido ver las cosas con desinterés y lejanía. Su pintura es elocuente, bien compuesta, persuasiva. Más que imponerse a la realidad, se diría que quiere, llevándola inocentemente del brazo, hacer que, sin sentirlo, varíe su rumbo. Las más de las veces deja al lector frente a las cosas, sin insinuarle ninguna interpretación. Hay ocasiones en que quisiéramos oírle confidencias, saber cuál es su íntimo sentir, pero siempre se escabulle, contando una historia, su propia historia, a la que el arte le da un aspecto de sólida e inatacable objetividad.

José Rubén Romero es menor que Martín Luis Guzmán; Su mundo y la parte que en él ocupan los sucesos revolucionarios es mucho más pequeño que el de cualquiera de los tres escritores anteriores. Su contacto con la Revolución es puramente episódico, como el de los provincianos que estuvieron lejos de las zonas de los combates. En *Apuntes de un lugareño* su intervención es casi la de un funcionario que se mueve, a pesar de todos los peligros y temores, en un ambiente ya pacífico. En desbandada la revolución se ve desde lejos; en una realidad que palpita fuera del radio de la vida diaria de los personajes del libro y que llega en los comentarios y las exageraciones de los parroquianos de la tienda del padre del autor. Y cuando las fuerzas revolucionarias irrumpen es pasajera y sin dejar hondas huellas. La experiencia del que se incorpora a la revolución está en *Mi caballo, mi perro y mi rifle*. El defensor teórico de la revolución, que aparece en *Desbandada*, no es ahora capaz de librarse de la impresión de desaliento que le

infunde el círculo de sus compañeros de armas, que lo arrojan a generalizaciones pesimistas.

Las experiencias del mundo militar, desde la época del made-rismo, han sido recogidas por el general Francisco L. Urquiza en su novela *Tropa vieja*, con profundo conocimiento del medio y algunos perfiles psicológicos. Testigos más jóvenes todavía fueron los escritores chihuahuenses Rafael F. Muñoz (1898) y Nellie Campobello (1909). Ambos vivieron en la zona que dominó por mucho tiempo Francisco Villa, ambiente cargado de heroísmo y de crueldad, que aparece en los libros de ambos novelistas. El joven de dieciséis años y la niña de seis años convivieron con aquel mundo de violencia; pero ambos lo miran con tranquila curiosidad, con un interés sin angustia ni compasión, con esa frialdad tan natural en los jóvenes y los niños. Y esto mismo se refleja en un estilo objetivo y sin temblores, limitado e impresionante lo mismo en *¡Vámonos con Pancho Villa!*, de Rafael F. Muñoz, que en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Los ejemplos dados bastarán para que el lector tenga una idea, de la variedad con que la vida de los escritores que fueron actores o testigos de la Revolución pasa –modificada, disminuida, limpia o, entretejida con rasgos o episodios imaginarios– a las páginas de sus novelas. La novela de la Revolución Mexicana de la primera época es siempre una novela vivida.

4. Novela de cuadros y de visiones episódicas

Si la novela de la Revolución Mexicana nace de una realidad nueva e, impresionante, es fácil comprender que esas impresiones y esa novedad valgan por sí mismas, independientemente de la trama en que puedan acomodarse. Esas impresiones, directas y penetrantes, querrá el autor recogerlas en toda su frescura, cuando todavía vibran en su sensibilidad y su recuerdo sin esperar a concebir una estructura imaginaria en la que puedan entretejerse.

Se podrá prever que una novela así, nacida de esa realidad nueva e impresionante, será una narración en la que las visiones y experiencias se vayan acomodando sucesivamente, como cuadros aislados de los momentos culminantes de una vida llena de sorpresas como en un viaje o en una expedición, sin más organización y artificio que la que tienen los recuerdos que se van acumulando y superponiendo.

La novela más elaborada del siglo XIX tenía un núcleo, alrededor, del cual se disponían todos los iniciantes, irradiando, complicándose y explicándose. En la novela de la Revolución Mexicana –como en todas las novelas inspiradas en realidades semejantes– el desarrollo es más bien lineal, los sucesos se acomodaron unos tras otros y de toda la realidad que se vive en el fluir del tiempo sólo se escogen los sucesos más impresionantes. Más que a una cinta cinematográfica, que recoge el continuo proceso de la acción, puede compararse a una serie de cuadros que ilustran las acciones principales.

Es frecuente comparar los diversos episodios de *Los de abajo*, de Azuela una serie de fotografías instantáneas (snapshots) tomadas con la clásica Kodak, recuerdos gráficos, imprevistos e infor-

males, de un grupo de campesinos que se lanza a la revolución, que se organiza y aumenta, que la lucha triunfa y perece. Hasta un autor de tanta capacidad de composición como Martín Luis Guzmán no puede evitar que *El águila y la serpiente* sea una serie de cuadros y episodios que, aunque elaborados con más cuidado, no puede decirse que tengan entre sí una perfecta continuidad.

La fuerza de las impresiones nuevas ha ido imponiendo una técnica de vibrantes cuadros sucesivos; pero, esta técnica, impuesta en un principio por el choque de la realidad, ha ido adquiriendo el prestigio de un procedimiento literario, de un tratamiento consciente y premeditado. Así lo comprenderá quien compare, por ejemplo, *Los de abajo* con otra novela posterior de Azuela, *Las moscas*. Se diría que, una vez más, la vida en sus propias experiencias ha ido indicando cuál es el camino de la mayor fuerza dramática. El autor ha ensayado en sí mismo qué es lo que más impresiona y dura, como el viejo juglar ensayaba en sus grandes auditorios qué era lo que más sorprendía y emocionaba.

Todo se reduce a afirmar que esa realidad nueva e impresionante ha impuesto una técnica literaria, la de los vibrantes cuadros sucesivos, la cadena de visiones episódicas. Estos cuadros y estas visiones podrán variar en espíritu, contenido y dimensión, pero siempre serán como una especie de unidad narrativa, que vale tanto por sí misma como por ser una de las facetas de la narración global. En *Los de abajo* esos cuadros varían en extensión e importancia, según lo requiere la vida que describe. *Campamento*, de Gregorio López y Fuentes, es una colección de apuntes rápidos, recogidos en una noche en un alto de las campañas, con gran poder de observación y versatilidad de humor. En *Cartucho*, de Nellie Campobello, esos cuadros son a veces historias comprimidas, llenas de silencios, como los viejos romances y a veces simples bosquejos, anécdotas pintorescas en que vive un personaje o que iluminan el secreto de un carácter. *¡Vámonos con Pancho Villa!* de Rafael F. Muñoz reúne una serie de vidas en pequeño que se presentan como en una película cinematográfica en la que los miembros de un grupo, aislados por el azar en un desierto o en una isla van revelando su carácter según reaccionan ante la realidad ardua y angustiosa en que se les ha colocado.

Que la realidad misma ha impuesto esta técnica parece demostrarlo la existencia de novelas semejantes escritas en otros países cuya vida ha estado sujeta a cambios violentos y a repentinos trastornos sociales. El ejemplo típico sería *Caballería roja*, del escritor ruso Isaac Babel que recoge en cuadros de gran intensidad dramática y de punzante humorismo, sus experiencias durante la campaña polaca de 1920. Aunque como lo observa el profesor Manuel Pedro González, este libro haya influido sobre algunos escritores mexicanos, el procedimiento que ejemplifica ya se había ensayado en México años antes de 1920.

5. Novela de esencia épica

La vieja epopeya, expresión popular única que respondía a los anhelos de afirmación y libertad de toda una nación ha desaparecido definitivamente en su forma de canción de gesta. Pero no hay

duda que cada vez que a un pueblo lo agita un ansia de renovación y de libertad, cuando se levanta movido por un impulso general y unánime buscando nuevos caminos de salvación su literatura produce expresiones de esencia épica. Estas expresiones serán forzosamente variadas, repartidas en múltiples obras, de diverso nivel, calidad y aun intención dirigidas a distintos públicos y auditorios, pero de todas maneras podrá sentirse en el conjunto de todas ellas como un aliento común, como la inspiración de un mismo anhelo.

En este sentido se puede decir que la novela de la Revolución Mexicana es la esencia épica, porque muestra a un pueblo en su lucha por normas de alcance y resonancia nacional en su intento de cambiar, mejorándola, la suerte de todos los que forman una patria. En la lucha por estas normas el pueblo mexicano no sólo ha puesto su voluntad diaria de acción y mejoramiento, sino algo extraordinario: un empeño más apasionado e intenso, que asciende hasta los niveles de la conducta en que se puede hablar de heroísmo. Acción heroica y popular de renovación de toda una nación; si esto fue la Revolución Mexicana, la novela que narra sus diferentes episodios y vicisitudes no podrá menos que tener una esencia épica.

Es evidente que el coro de voces que cantan estos episodios y vicisitudes no podrá ser uniforme y acordado como en las estudiadas melodías de un orfeón. En lugar de coro es más bien el rumor de un oleaje, los gritos espontáneos de una multitud, voces desgarradoras, quejas ahogadas, alabanzas y cánticos, risas e impreaciones. Lo que importa en este caso no es la melodía que canta al unísono un coro siguiendo la misma letra sino la fuerza del desahogo que pone voz y grito en la garganta de todos y cómo todos se sienten solidarios en ese desahogo. Esta solidaridad de desahogo es lo que podemos llamar aliento épico.

En este caso habrá que hacer también distingos. Mientras más cerca se está de los grandes acontecimientos que alimentan la, esperanza de renovación, mayor será ese aliento épico y conforme el autor se aleje de ellos y pueda acomodarlos en una perspectiva reflexiva ese aliento se irá debilitando. A la solidaridad de un momento de confraternidad y entusiasmo se sustituirá la reflexión crítica y, el estudio, y el suceso histórico en el que no se tomó parte acaso no coincida con las concepciones personales de la forma en que deba de realizarse el progreso y la salvación del país.

Todavía por otra razón puede considerarse de esencia épica la novela de la Revolución Mexicana: porque el protagonista de ella es el pueblo mexicano. A veces son esas multitudes, abigarradas, indistintas, revueltas, que desfilan por las páginas en manifestaciones, encuentros y batallas; pero aun cuando el pueblo no aparezca en masa, está personificado –y acaso con más honda verdad– en tipos individuales representativos que, además de su acción personal que los liga a una clase o a un grupo, obran en función de un imperativo social y son símbolos de un sociedad que se mueve con ansias de mejoramiento y redención. Los personajes de estas novelas tienen nombres y personalidad, historia y caracteres propios, pero nunca dejan de ser exponentes de un pueblo en un momento de acción común y de arrebato unánime.

6. Novela de afirmación nacionalista

Al igual que la Guerra de Independencia de 1810, la Revolución Mexicana de un siglo después hizo volver los ojos de los mexicanos hacia su propia realidad nacional. En 1810 nació la novela de costumbres y la reflexión sobre nuestros problemas, que ejemplifica *El periquillo Sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi. De la Revolución Mexicana nació todo un impulso de descubrimiento y afirmación nacionalista; se pudieron apreciar mejor las expresiones vernáculas y populares se despertó la sensibilidad para lo que no éramos capaces de ver a pesar de que nos rodeaba. La pintura aceptó temas y asuntos nacionales como en los cuadros de Saturnino Herrán, que mucho antes que los murales de Orozco y Diego Rivera presentan aspectos y ambientes de la vida indígena. La música recogió melodías y tonadas populares en las canciones y rapsodias de Manuel M. Ponce. Se despertó el gusto y el interés por todos los productos de las artes populares, relegadas antes a ser satisfacción de clases sociales inferiores y hasta la arquitectura de la época colonial revivió por el impulso de prolongar hacia el pasado la reivindicación de lo nuestro.

La Revolución Mexicana, momento de honda crisis histórica, nos hizo pensar en nuestra patria, en nuestro pasado, en nuestros problemas; nos obligó a movernos dentro de nuestro territorio, a reflexionar sobre nuestro modo de ser, a estar en contacto con nuestras tradiciones y costumbres. Nos hizo ver y apreciar lo nacional como en una revelación. Dentro de esta revelación –al mismo tiempo afán de descubrimiento y nueva capacidad para apreciar lo descubierto– hay que colocar en el cuadro de la literatura, a la novela. Esa nueva sensibilidad de apreciar lo nuestro aparece también en la poesía, como lo muestran los poemas de la vida tierna y pintoresca de provincia en Ramón López Velarde; pero no hay duda que es en la novela donde aparece en toda su fuerza esa afirmación nacionalista.

Dentro de los grandes lienzos de las narraciones de la Revolución Mexicana se revela todo lo que somos en un grave momento histórico, cuando hay que dar de sí todo lo que encierra el hombre. En ellas aparece la vida del México de las ciudades, la provincia y el campo; se muestra el pueblo mexicano en todos sus aspectos: devoción y apostolado, energía y heroísmo, crueldad y conmiseración, ira y violencia, anhelos y decepciones, arrebatos y cobardías, miedo y desastre, oprobio y muerte. Pero de todo lo vivido por el pueblo mexicano en aquellos duros años de prueba, violencia y redención, creo que queda un saldo favorable: la vida nueva que fuimos capaces de conquistar en la Revolución.

Y ahora ya puede entrar el lector a esta inmensa galería en que aparece, narrado por sus mejores escritores, todo lo que el pueblo mexicano luchó y sufrió durante los años de la Revolución, lanzado –sin más programa que su anhelo, sin más método que su instinto, sin más límite que su piedad y su cólera– a redimir a un país en que el pueblo había vivido siglos de olvido y servidumbre. ■